



JUAN CRUZ VARELA

**A los generales triunfadores de los Ejércitos Unidos de Chile y de los Andes,
don José de San Martín y don Antonio González Balcarce
Argentina**

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

JUAN CRUZ VARELA

A los generales triunfadores de los Ejércitos Unidos de Chile y de los Andes, don José de San Martín y don Antonio González Balcarce Argentina

Amados de Caliope, hijos de Febo,
del Parnaso en las cimas educados,
perdonad si los cantos elevados
de vuestra lira a interrumpir me atrevo.

Lo sé, lo sé; no debo
mover el labio osado.

Empero ¿a quién es dado
el ardor refrenar que el pecho inflama?
Veo dos héroes; sus renombres sólo
entusiasmo me dan, penden mi llama, 10
son mi genio, mi numen y mi Apolo.

San Martín y Balcarce, dos guerreros
cuales la Fama no cantó hasta ahora,
cuales ni cantará su voz sonora
en el voltear de siglos venideros. 15

Temblad, temblad, iberos;
vuestro fin se aproxima,
que San Martín la cima

de montes, que su frente han escondido
en las regiones donde el trueno rueda, 20
amenaza escalar, y confundido,
si lo ejecuta, vuestro orgullo queda.

Quedará vuestro orgullo. En movimiento
ya sus falanges van; la falda pisan,
y la altura también; de allí divisan 25
en Chacabuco un pabellón al viento.

«Del hispano sangriento
es la bandera», gritan;
sobre él se precipitan,
y rayos lanzan, y el cañón retumba; 30
en el avance los alfanjes vibran;
en la cuesta el tirano halló su tumba,
y a Chile triste las legiones libran.

El venerando Maypo, que en la hondura
de sus puros cristales retirado, 35
por tres siglos lloraba inconsolado
del suelo que regó la suerte dura,
de su mansión oscura
el ruido oyó de guerra,
y, cuando más se aterra, 40
siente el volar de la veloce Fama
que a San Martín cantaba sonora.
Alegre entonces sus Náyades llama,
y sobre el agua alzó su faz rugosa.

Las convocó, y les dijo: «Yo sabía 45
que, tras mucho tornar del Tiempo alado,
era de haber un día, en que arruinado
Chile el imperio ibérico vería;
y que al fin la energía
de un hijo de la guerra, 50
desde la opuesta tierra
mole inmensa de montes traspasando,
vendría hacia nosotros, y en un día
siglos y siglos de maldad vengando,
al cruel cetro de hierro fin daría. 55

»Su nombre allá en el libro de los hados
con carácter de fuego escrito estaba;
Jove empero su nombre reservaba
y los días al triunfo señalados.
Cuando veáis que encontrados 60
(dijo el Tonante un día)
en la alta serranía
ejércitos batallen, sangre corra,
vague muerte sin fin, la Fama cante,
llegó a Chile el momento en que socorra 65
su aciago suelo el argentino Atlante.

»Hoy en la cuesta yo sentí fragores;

en Chacabuco las cavernas roncadas
del monte retumbaron; voces broncas
cuales de muertes escuché, y horrores. 70

En después, los clamores
de la Fama se oyeron:
"San Martín, repitieron,
San Martín es el héroe: Chile vive".
Me alzo yo entonces; de la cuesta veo 75
sangre correr que el llano la recibe,
y el campeón en manos el trofeo.

»Pero no se acabó. ¿Veis estos llanos
delicia un día de araucana gente?
¿Los veis que yermos, del arado el diente, 80
sentido no han, ni laboriosas manos?

Sepulcro de tiranos
a ser vendrán un día;
la ibera sangre impía
dará fertilidad a mis llanuras; 85
pasarán pocos soles y otra escena,
otro Marte mayor, lides más duras
aquí, aquí he de ver con faz serena.

»El héroe San Martín a otro héroe llama,
a otro Dios de combates, animado 90
de venganza y honor; su pecho osado
abriga de honradez inmensa llama;
su corazón inflama
el amor de su suelo;
y bien que el negro velo 95
de la envidia mordaz y roedora
quiso un tiempo encubrir tanta nobleza,
Balcarce en su alma la virtud adora,
y a nadie cede, ni cedió en grandeza.

»Balcarce llegará. ¡Presagio cierto! 100
Mas ¡presagio maléfico al tirano
que, aumentando su hueste en Talcahuano,
ruinas medita de placer cubierto!

Sus naves en el puerto
ejércitos vomitan, 105
que a morir precipitan
jefes soberbios, en soberbia fiados.
San Martín y Balcarce en mi llanura
guerrearán, vencerán más esforzados,

y patria entonces vivirá segura». 110

Así predijo el venerando Río.
Luego a la capital su blanca frente
revuelve, ve, y aumenta de repente
con llanto de placer su raudal frío.
Las Ninfas el impío 115
dolor de ver su suelo
al luto, al lloro, al duelo
tres siglos entregado, depusieron;
por la orilla un momento divagaron;
y del dios a una seña se volvieron, 120
y con el dios al fondo se tornaron.

En tanto el primer héroe, que gozosa
la madre patria en sus anales cuenta¹⁵⁹,
en Santiago ya libre se presenta,
mas no en Santiago su valor reposa. 125
La legión animosa
de nuevo al campo guía,
y raya al fin el día
en que el nuevo campeón se hace presente:
ambos ansiaban por mayor victoria, 130
y ambos conducen belicosa gente
a do se cubra de más alta gloria.

El tirano también, que en su honda mente
horror solo, y horror y horrores vuelve,
vengativo a la marcha se resuelve, 135
y la ejecuta en orden prontamente.
A Talca diligente
conduce los soldados,
en Europa educados
en arrastrar el carro de Mavorte, 140
y afrontar mil de veces mil de muertes;
aquí esperanzas de su avara corte,
como allá azote de los galos fuertes.

A Talca llegan de soberbia henchidos,
la planta fijan, y en furor aguardan 145
a los guerreros que a su enojo tardan,
y que ven ya en idea confundidos.
Al fin los escogidos
por patria a su defensa
ven repente la inmensa 150
muchedumbre enemiga; ronco suena

el clarín y atambor; el jefe manda;
se suspende el marchar, y en faz serena
se espera el día de matanza infanda.

Pero vino una noche, que Fortuna 155
ya avergonzada la borró del año,
¡noche de ruinas, y de espanto, y daño,
noche tremenda a Chile cual ninguna!
De la traidora luna
protegido el ibero 160
(bien como tigre fiero,
que sin rugir se avanza hacia la presa)
se aproxima en silencio: nadie advierte;
y los patrios soldados en sorpresa
circundados se ven de inmensa muerte. 165

No desmaya el valor; al arma corren
envueltos en asombro, pero en vano,
porque al plan meditado del tirano
la imprevisión y el sobresalto acorren.
Éstos a aquel socorren 170
que es amigo juzgando;
y en confusión guerreando,
tal vez por los hispanos da la vida
el que por acabarlos muerte busca;
esta ala vence, y a su vez vencida 175
en sombra, en humo, en fuego más se ofusca.

¡Héroes del canto mío! ¡Campeones
en quienes Chile su esperanza libra!
¿Vuestro acero esta noche no se vibra?
¿Impunemente morirán legiones? 180
Mañana los pendones
del opresor de Lima,
el sol desde su cima
¿flamear verá, en afrenta de su prole,
sobre montones mil de cuerpos muertos? 185
¡Ah! tanta vida en vano no se inmole;
salvad los restos de pavor cubiertos.

Y los salvaron. San Martín sereno
en medio del horror y del espanto;
Balcarce, en quien el alma puede tanto, 190
sueltan sin rienda a su valor el freno;
mezclan su voz al trueno

del cañón que aún se escucha,
y en la terrible lucha
de mil muertes por medio atravesando, 195
la retirada ordenan al soldado,
y su infortunio aquí y allí vengando,
dejan por fin el campo abandonado.

Al hispano lo dejan. Basta, Musa,
de desastre y dolor: un día viene 200
en el que Chile su destino tiene
para siempre fijado. La difusa
tropa, que aquí confusa,
allá en pavor vagaba,
ya sobre Maypo acaba 205
de reunirse de nuevo a la pelea.
Venganza solo y más venganza, gritan;
venganza solo su furor desea,
y a venganza sus jefes la concitan.

Su triunfo oscuro al enemigo ciega, 210
y su ilusión acrece y su confianza;
hacia los libres con furor avanza,
y marcha, y corre, y hasta Maypo llega;
su batalla despliega,
y de la guerra al grito 215
desde el hondo Cocito
muerte y discordia salen. De repente
el silencio en clamor se ve mudado,
uno al otro se mira el combatiente,
y teme acaso y tiembla el más osado. 220

Mas dio el bronce la seña de matanza,
y la patria legión en el momento
se desprende, cual rayo, de su asiento,
y al enemigo con furor avanza...
No, Musa, no, no alcanza 225
el entusiasmo a tanto.
¿Cómo podrá mi canto
producir una imagen de aquel día
por Jove a la venganza abandonado
y a los horrores de la guerra impía? 230
Cántelo, oh, Musa, un genio más osado.

El mío a los ínclitos varones
San Martín y Balcarce se convierte.
Pero ¡ay! que expuestos a tremenda muerte

a la frente se ven de las legiones. 235
No hay brillantes acciones,
no hay rasgo de venganza,
no hay ruina, no hay matanza
a que ellos no presidan. Los iberos
los vieron con espanto batallando, 240
los primeros lanzarse a los aceros,
trofeos a trofeos aumentando.

Aquí mezclados con la hispana gente
sangre enemiga por doquier derraman;
allá se vuelven; y su voz se siente, 245
se siente apenas, y mil bronces braman.
Aquí al soldado inflaman
que en la lucha se aterra;
de la pequeña sierra
suben con sus falanges a la cumbre; 250
al llano lanzan al hispano impío;
y se distinguen de la muchedumbre
solo por más valor, por mayor brío.

Por tres veces la Parca en la matanza
de los dos héroes el morir decreta, 255
y ya, ya al dar el golpe, los respeta,
y dirige a otra parte su venganza.
Al cabo la balanza
se inclinó de los hados:
redoblan los soldados 260
el coraje, el furor, la justa saña;
sangre y más sangre por doquier se vierte;
y, donde antes guerreros de la España,
se ven miembros, y ruina, y nada, y muerte.

Triunfamos: lo vio Febo, y afligiendo 265
los brutos de su carro, al occidente
baja; y al otro mundo hasta el oriente
va el triunfo de sus hijos repitiendo.
El sacro Maypo, viendo
su presagio acabado, 270
el curso refrenado
soltó de nuevo de su linfa pura:
«¡Vivid héroes, envidia de guerreros,
vivid siempre, exclamó, que en mi llanura
supisteis dar sepulcro a los iberos». 275

La América de allá de la alta sierra
do un genio singular¹⁶⁰ la vio sentada,
su faz de llanto en de placer mudada,
se vio ya la Señora de la tierra.

¡Héroes! mi Musa cierra, 280
cierra ya el labio osado.

La patria que ha logrado
por vuestras manos libertad y gloria,
sabrá premiar tan relevantes hechos,
sabrá inmortalizar vuestra memoria, 285
mientras viviendo vais en nuestros pechos.

Tú, digno jefe, tú, que has consagrado¹⁶¹
al honor de la patria tu reposo,
por cuyo influjo triunfo tan glorioso
los héroes de mi canto han alcanzado; 290

tú, que eres del Estado
el poderoso Atlante,
nunca será que cante

la Fama en las edades y naciones
nuestro honor, nuestro triunfo, nuestra gloria, 295
sin que al sonar de sus aclamaciones
del grande Pueyrredón no haga memoria.

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la
[Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite
el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo